

Año C 32mo domingo tiempo ordinario

2 M 7:1-2, 9-14; Sal 17; 2 Ts 2:16-3:5; Lc 20:27, 34-38

Las principales lecturas de este domingo, ya llegando al final del año litúrgico de nuestra Iglesia, tratan del tema de la resurrección. Como todo en la historia humana y también en la Biblia, hay una evolución, un desarrollo, en las creencias sobre la vida ultratumba, en el más allá después de la muerte. El ser humano es un ser consciente y relacional, habla y ama. Cuando muere, deja un recuerdo, pero los que lloran su ausencia recuerdan sus palabras y acciones y toda su dignidad en vida, de modo que desde el principio es difícil pensar, y se rechaza, que el ser humano simplemente desaparezca y deje de existir. Aunque en el caso de los malvados, no se mantiene un buen recuerdo y a veces se busca, y se trata de lograr, que no se recuerden. Así los romanos tenía lo que llamaban “condenación de la memoria,” en que quitaban todo monumento conmemorativo de grandes malvados, como fue el caso con el emperador Domiciano, en tiempos del Libro del Apocalipsis.

Pero la existencia después de la muerte era algo oscuro para Israel por muchos años, aunque parece que existió un amplio culto a los muertos, a los ancestros, que perduró aún en tiempos del “Tercer Isaías” después del exilio babilónico, es decir, aun en el siglo sexto antes de Cristo y hasta después. Por eso la necromancia, el invocar a los muertos, está proscrito por Dt 18:9-12. Un gran pecado del rey Saúl fue ir a una “nigromante,” es decir “adivina de cadaver” para consultar al profeta difunto Samuel, 1 S 28:3-25. Éste, como se pensaba de todos los muertos entonces, yacía en *šeol*, un lugar lúgubre, aburrido, sin contacto con Dios y sin poder alabarlo (ver Sal 88:4-6, 11-13). Lo mejor era no ser molestado en la existencia ultratumba (1 S 28:15).

Pero los anhelos humanos de perdurar después de la muerte se expresan en varios lugares de la Biblia, como el Sal 16 y en el famoso pero oscuro pasaje de Jb 19:25-27, o en sentido simbólico en la famosa escena de los huesos que cobran vida en Ez 37. Pero por la mayor parte, la teología del día afirmaba la retribución, los premios y castigos, sólo en esta vida. Hizo falta un gran acontecimiento para darle un empujón a las ideas sobre la vida en el más allá.

Un retrato de ese acontecimiento, que duró varios años, nos lo da la primera lectura de los Libros de los Macabeos. Fueron escritos acerca de la gran persecución del rey sirio Antíoco IV

“Epífanés,” que quiso acabar de una vez con el judaísmo, prohibiendo las prácticas principales de esta religión de consagración de todo un pueblo, es decir, de separación de los judíos de los no judíos o “gentiles.” Prácticas como la circuncisión, la observancia del sábado y la dieta *košer*. En nuestra primera lectura se trata de forzar a un judío a comer carne de puerco, que estaba prohibido por la Ley de Moisés. Muchos judíos sufrieron el martirio por sus creencias, que, si no hubiesen sido fieles a ellas a pesar de tanta persecución y sufrimiento, quizá se hubiera acabado el judaísmo y ¡no tendríamos a Jesús! Pero a la luz de tanta fidelidad hasta la muerte por el verdadero Dios y su Ley, la suerte de esos caídos no podía simplemente ser la de todos, en ese triste *šeol*. El gran profeta Daniel es el primero en recibir una revelación angélica (ver Dn 10-12) que claramente habla de la resurrección de los muertos, justo en referencia a la persecución que detallan los Libros de los Macabeos. Al final del tiempo (en primer lugar, se trata del fin del tiempo de la persecución, pero como el Libro del Apocalipsis, el valor de la profecía se extiende al final de los tiempos), habrá una gran batalla, luchará el ángel Miguel contra los malvados, y se salvará el pueblo de Dios.

Y la profecía angélica continúa: “Muchos de los que duermes en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para la desgracia, para el horror eterno” (Dn 12:2). Esta creencia es la que se refleja en nuestra primera lectura. Algunos estudiosos piensan que se trata de una resurrección para el juicio final, que tiene que ver sólo con los muy buenos y los muy malos, pero la tradición ve en la palabra “muchos” un sentido universal.

Dijimos al principio que la idea sobre la suerte después de la muerte evolucionó. No se encuentra en la Ley de Moisés, en el Pentateuco (los primeros cinco libros de la Biblia; ver, p.e., la referencia a *šeol* en Gn 37:35). En tiempos de Jesús, había varios partidos o grupos judíos con diferentes creencias y posiciones. Los fariseos habían evolucionado, aceptaban no sólo la Ley, sino también los Profetas, y los Escritos (entre los cuales, para los judíos –y también para los Protestantes-- se encuentra el Libro de Daniel, aunque no los Libros de los Macabeos). Por eso los fariseos aceptaban la creencia en la resurrección, mientras los muy conservadores saduceos no: los saduceos sólo aceptaban la Ley o la Torá de Moisés, y por ende no creían en la resurrección; ver el pleito entre estos dos grupos en Hch 23:6-10.

El evangelio nos presenta una discusión entre Jesús y los saduceos sobre esta creencia de la resurrección, los saduceos presentándole a Jesús una situación absurda de una mujer que tuvo que casarse con siete hermanos (también eran siete los hermanos en la primera lectura) bajo la

ley del “levirato,” o sea, la obligación del cuñado de darle descendencia, hijos, su hermano difunto que murió sin ellos (y así, cuando se hizo esta ley, se temía que el difunto moría sin dejar nada de sí, que realmente desaparecía, pues no había vida real después de la muerte). Jesús, que cree en la resurrección, le contesta a los saduceos que en la vida en el más allá ya no será como en ésta en que se casa la gente y tiene hijos; seremos como ángeles cuando resucitemos (esto inspira mucho a los célibes consagrados, el anticipar nuestro estado definitivo o escatológico). Y para machacar su respuesta, Jesús les acusa de ni siquiera conocer la Ley de Moisés que es su única Sagrada Escritura: en el Libro del Éxodo, cuando Dios se identificó como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, no se definió como Dios de muertos, sino de vivos, pues para Dios todos estamos vivos.